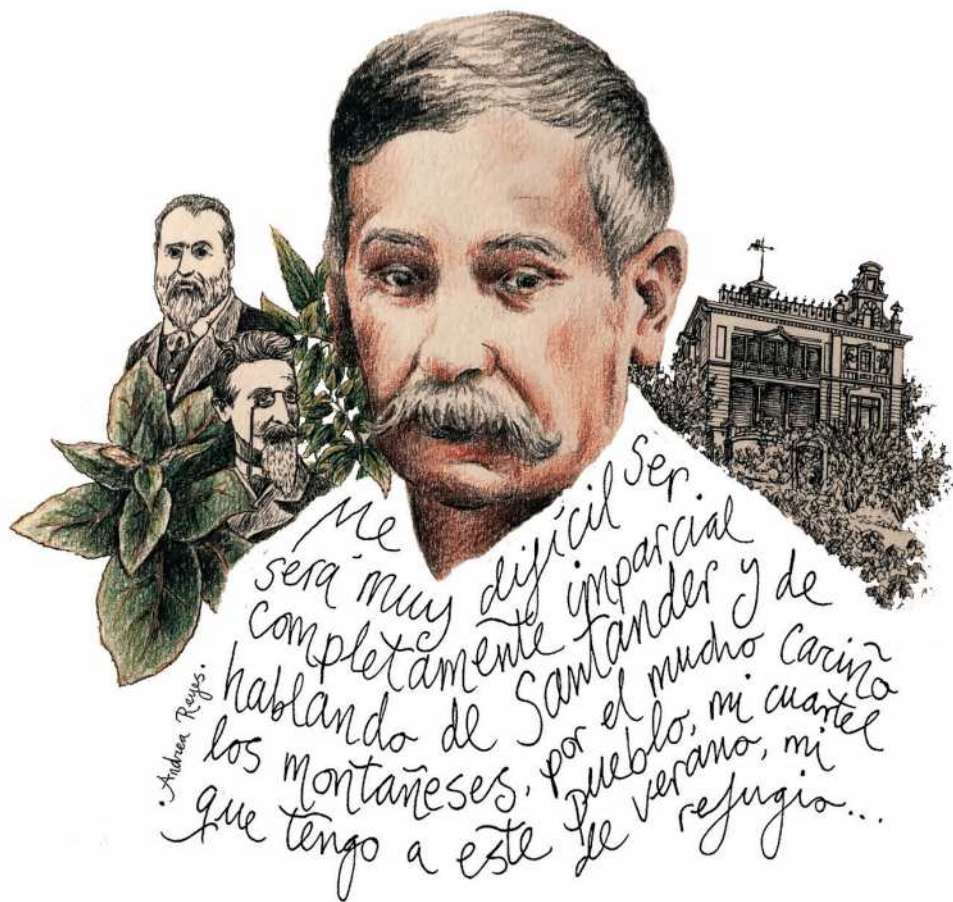


Galdós

santanderino



Me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio...

• Andrea Reyys:

Galdós santanderino



1ª edición: julio 2019

Edición al cuidado de Jesús Herrán Ceballos

Imagen de la cubierta: Andrea Reyes (www.andreareyes.es)

© de los textos: José Ramón Saiz Viadero, Juan Gómez Bárcena, Jesús Ruiz Mantilla,
Gonzalo Calcedo, Enrique Álvarez, Javier Tazón Ruescas, Germán
Gullón, Joaquín Leguina y herederos de José Martínez Ruiz «Azorín»

© de las ilustraciones: Andrea Reyes

© de esta edición: Ayuntamiento de Santander y Gremio de Editores de Cantabria

ISBN: 978-84-120653-1-2

Depósito legal: SA 549-2019

Impreso en Camus Impresores, S.L. - Guarnizo, 39611 (Cantabria)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

GALDÓS SANTANDERINO

JOSÉ RAMÓN SAIZ VIADERO

Galdós y Santander 9

JUAN GÓMEZ BÁRCENA

El milagro de la literatura 15

JESÚS RUIZ MANTILLA

Las dos Españas sentadas en un café del Muelle 21

GONZALO CALCEDO

Los decimonónicos 27

ENRIQUE ÁLVAREZ

Galdós según sus cartas 33

JAVIER TAZÓN RUESCAS

Benito, mi adorable cicerone santanderino 39

GERMÁN GULLÓN

Sobre cómo Santander cambió a Pérez Galdós 45

JOAQUÍN LEGUINA

Galdós íntimo 51

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ, «AZORÍN»

En «San Quintín» con el maestro Galdós 57

*A Benito Madariaga de la Campa,
el mejor conocedor del Galdós santanderino*

José Ramón Saiz Viadero

(Santander, 1941)

GALDÓS Y SANTANDER

CUANDO EL DÍA 4 DE ENERO DE 1920 fallecía en su domicilio madrileño Benito Pérez Galdós, no solamente desaparecía para siempre el escritor español más importante del siglo XIX, sino también, después de Miguel de Cervantes, el autor más trascendente de las letras castellanas. Pongamos que se trataba de su heredero natural.

La imaginación de Galdós y su fecundidad creativa habían dado lugar a un itinerario personal y cultural que recreó todo el siglo XIX y algo del XX en un intento de abrazar la Historia, utilizando para ello diversas formas de expresión literaria, recorriendo gran parte de la geografía española y europea, quedándole por incorporar a su obra su visión personal de la Cuba de sus ancestros familiares que no pudo llegar a conocer personalmente debido a su ya delicado estado de salud.

La personalidad del creador de los *Episodios nacionales* era compleja y, a la vez, muy representativa del mosaico hispano en la época que le correspondió vivir. Nacido en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843, su padre era un militar canario que había contraído matrimonio con una mujer de fuerte personalidad, hija de un funcionario destinado a Canarias en el último tercio del siglo XVIII en calidad de receptor del Tribunal de la Santa Inquisición: procedía del municipio

guipuzcoano de Azpeitia, bastión religioso, entonces tradicionalista y actualmente nacionalista radical.

Benito era el hijo menor de los diez que tuvo un matrimonio en el cual predominaban las figuras femeninas, y quizás debido a esta presencia su interés y conocimiento de la psicología de la mujer quedará reflejado tanto en su obra literaria como la teatral.

Siendo muy joven y huyendo de la tutela materna se trasladó a vivir a Madrid, sin evitar por ello la tutela de unas hermanas que prácticamente le acompañaron hasta sus últimos años. Canarias era su tierra y canaria fue también su personalidad y fisonomía, pero solamente los primeros diez y ocho años los vivió en unas islas a las que apenas regresó más allá de la visita ocasional.

Porque la ciudad elegida para residir, donde consideraba que podría desarrollar una tarea intelectual de la cual podría servirse en lo sucesivo era Madrid. Y a Madrid, y a sus personajes, dedicaría las mayores páginas de su literatura, dotadas de la mejor descripción de su entorno sociopolítico y de la psicología ambiental, caso de *Fortunata y Jacinta*.

Pero si la capital de España era el lugar idóneo para percibir y dar a conocer el espíritu español, tanto con la pluma como con su presencia política (Galdós fue diputado digital por un distrito de Puerto Rico sin conocer la isla caribeña y sin abrir la boca en la bancada de la cámara legislativa), digamos que muy pronto se vio necesitado de viajar por la periferia y conocer de cerca los tipos, costumbres y geografía de las gentes de una España también demandante de su propio retrato.

Los orígenes vascos le llevaron a visitar la tierra de unos antepasados, entre los cuales figuraba una tía monja, y consecuencia de ello quedó curado de cualquier veleidad integrista o

nacionalista familiar, tendencias situadas en las antípodas ideológicas del escritor.

Fue la lectura de las páginas costumbristas de las primeras obras publicadas por José María de Pereda lo que empujó su curiosidad a cruzar la barrera geográfica para, en el verano de 1871, presentarse en Santander, sin el menor vestigio entonces de que con esa decisión convertiría a Cantabria, y más concretamente a su capital, en el lugar elegido primero para descansar y después para residir a lo largo de cuarenta y cinco años consecutivos, hasta que el estado de su salud le impidió seguir desplazándose al Norte.

A poco de su primera llegada a Santander estableció contacto con su colega José María de Pereda, iniciando una estrecha relación amistosa que, pese a las patentes diferencias ideológicas y de costumbres existentes entre ambos, se mantuvo firme hasta el final de los días del primero en 1906. Fue Pereda quien le sirvió de enlace para conocer una parte de la provincia, cuyo relato quedó reflejado en las crónicas recogidas y divulgadas a nivel nacional con el título de *Cuarenta leguas por Cantabria* (1876) y también de la mano de Pereda estableció contacto con figuras de la cultura local como el novelista Amós de Escalante y el joven erudito Marcelino Menéndez Pelayo, quien andando el tiempo presentaría en los dos amigos ante la Real Academia de la Lengua.

Hasta tal punto le cautivó el ambiente observado en Santander que, viviendo tiempos de bonanza su economía y ante la perspectiva de poder mejorarla, Galdós decidió fijar su residencia en un solar muy próximo a la península de La Magdalena, a la sazón límite urbano de una ciudad que a finales del XIX comenzaba a conocer el empuje del veraneo, sin haber tomado la decisión de construir un palacio para la residencia estival regia,

algo que llegaría a vislumbrar el novelista desde su palacete de San Quintín, poco antes de quedarse definitivamente ciego.

En Santander procedió a inscribirse en el padrón de vecinos con la voluntad firme de residir allí de forma continuada, y fue en la tranquilidad de San Quintín donde escribió muchas de sus mejores novelas y obras teatrales, como ha recogido pormenorizadamente su biógrafo Benito Madariaga. Allí trabajaba de forma ordenada y continua en jornadas matutinas, corriendo al cuidado de sus hermanas no ser molestado cuando se encerraba en su biblioteca hasta dar fin a la tarea impuesta y tener listas para ser enviadas a la imprenta las cuartillas salidas de su pluma, mientras conservó la vista para tal ejercicio, o dictadas a uno de los sucesivos secretarios que con él colaboraron a lo largo de su fructífera existencia.

También en San Quintín se congregaron componentes de una tertulia de amistades complementarias ideológicamente del sector conservador que le acogió a su llegada a la ciudad. El periodista republicano José Estrañi, director del diario *El Cantábrico* que actuaba como cronista oficioso de los movimientos del novelista, sobre todo durante estancias que en ocasiones llegaron a ser de un año entero; el médico pasiego Enrique Diego-Madrado, quien además de compartir su interés por la dramaturgia y sus inclinaciones republicanas, vigilaba la salud de su amigo; Eduardo Torralva Beci, joven periodista, concejal socialista y dramaturgo social, que también colaboró en tareas de secretario, eran quienes mejor le ponían al día de los movimientos socio-políticos de la provincia a un Galdós que habiéndose iniciado en la política dentro de las variadas filas del liberalismo, acabó convertido en 1909 en uno de los fundadores de la Conjunción Republicano-socialista, y cada vez más próximo al socialismo.

Los veranos también eran los momentos más proclives para que las tertulias vespertinas de San Quintín se abrieran a la presencia de algunas de las figuras del teatro que pasaban por la ciudad y no querían irse sin visitar al maestro. Sobre todo las actrices, como María Guerrero, Margarita Xirgu o Catalina Bárcena, consagradas por los papeles escritos especialmente para ellas por Galdós, o aquellas otras que buscaban a la sombra del maestro un enriquecimiento cultural que las serviría para elevar el tono de sus carreras artísticas.

Santander supuso el refugio para descansar de la vida ajetreada durante las estancias madrileñas y, aunque la vida privada y sus frecuentes devaneos amorosos (y otros no tanto) se mantuvieron alejados de San Quintín, fue en la santanderina Cuesta del Hospital donde nació su única hija reconocida, María Pérez Galdós —fruto de una breve relación con la asturiana Lorenza Cobián—, quien sería la heredera de la mansión y de los derechos de autor de su obra.

A poco de ser inaugurado su nuevo domicilio, su antigua amiga Emilia Pardo Bazán viajó a Santander con el pretexto de tomar baños en el balneario de Ontaneda, visitando brevemente San Quintín sin que llegara a cuajar la oportunidad de retomar la intensa relación amorosa entonces interrumpida. A Santander llegó, sin embargo, la actriz Concepción Ruth Morell, siguiendo los pasos del escritor, y en la periferia de la ciudad permaneció hasta sus últimos días —prematuramente, por cierto—, dejando como rastro la inspiración para el personaje de la novela *Tristana*.

Eran solo algunos nombres de la larga lista de figuras femeninas con las cuales el autor de *Marianela* mantuvo romances, los cuales, dentro de la discreción de la prensa, dieron lugar a habladurías y, una vez roto ese cordón protector, a diversos

libros sobre la vida sentimental de don Benito, a quien se consideraba parco en palabras, largo en relato, intenso en la manifestación de sus sentimientos amorosos, promiscuo sexualmente hablando, y persona que, siendo generoso e independiente como lo fue siempre, vivió por encima de sus posibilidades, ante la expectativa de que las editoriales y la taquilla produjeran los rendimientos suficientes para mantener su discreto nivel de vida, teniendo sin embargo que acudir frecuentemente al auxilio de usureros y prestamistas, unos personajes que supo retratar en algunas de sus obras.

Falleció pocos días después de que, sin ambos tener noticia, lo hiciera en Santander su gran amigo José Estrañi y Grau.

Juan Gómez Bárcena

(Santander, 1984)

EL MILAGRO DE LA LITERATURA

LO PRIMERO QUE SUPE DE GALDÓS fue que sus libros le habían salvado la vida a mi padre. Por lo demás yo había visto esos libros ya muchas veces, ocupando medio metro de la estantería de nuestro salón: los cuarenta y seis *Episodios Nacionales*, encuadernados en una precaria edición de kiosko. No parecían gran cosa, vistos desde la estatura de mis diez años, y tal vez por eso nunca me interesé por ellos. Hasta que un día, no sé cómo ni por qué, mis padres me lo explicaron. Me dijeron que hubo un tiempo, quince o veinte años atrás, en que mi padre había estado a punto de morir. Tuvo un neumotórax en el pulmón derecho, y después, cuando apenas terminaba de recuperarse, un neumotórax en el izquierdo, y luego, otra vez, en el derecho. Fue un médico filántropo quien se lo dijo: llegaría un día en que ambos neumotórax coincidirían y entonces se moriría. Por aquel entonces mi padre tenía veintiocho o veintinueve años y dos hijas. Era maestro rural en Bárcena de Pie de Concha pero era, sobre todo, un muchacho que se moría. Alguien que pasó dos años en cama, mientras España se sacudía los vestigios del franquismo. ¿Cómo hiciste, pensé, para no volverte loco? No se lo pregunté, pero tal vez, de alguna forma, sí se lo pregunté, porque acabó explicándome que durante esos dos años su única ilusión había sido vivir lo

suficiente para leer los cuarenta y seis *Episodios Nacionales*, que cada tanto llegaban en ediciones de kiosko. A eso se dedicó mi padre durante una convalecencia que siempre creyó que era el principio de su muerte: a leer los *Episodios Nacionales* de Galdós. Tal vez prefería habitar el siglo XIX porque habitar el XX en sus condiciones era demasiado doloroso. Tal vez pensaba que también su vida estaba a punto de convertirse en Historia. El caso es que un día los neumotórax cesaron y acabaría viviendo lo suficiente para terminar con Galdós y lo suficiente también para que yo naciera y aún lo suficiente para leer este texto.

Sin Galdós yo me hubiera muerto, dijo un día mi padre, no sé si en broma o en serio, y yo escogí creerlo.

Empecé a leer los libros de inmediato. Era el verano de 1995: tenía diez años y se me podía acusar de muchas cosas, pero desde luego no de ser un niño normal. Leí *Trafalgar*, que me gustó muchísimo, y luego *La corte de Carlos IV*, que entendí sólo a medias, y después *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Tal vez buscaba acercarme a mi padre. Tal vez ya había descubierto que la lectura, y sobre todo la escritura, erigen un muro diáfano, pero muro al fin y al cabo, que impide que la cotidianidad te toque del todo. Tal vez, por qué no resumirlo así, yo era un niño que sabía disfrutar a Galdós. A lo largo de los años —fueron muchos años, muchos veranos de lecturas— leí los veintiún *Episodios Nacionales* siguientes, meridiano en el que todavía permanezco detenido. Comencé a escribir mis primeros textos literarios todavía embriagado por su influjo; borradores de relatos y de novelas que siempre tenían un aire levemente solemne, caduco, envarado: es decir, textos que pretendían imitar a Galdós, sin rozar siquiera ninguno de sus méritos. Fue Galdós también quien me proporcionó la primera cartografía de Madrid, ciudad en la que yo mismo viviría diez

años después: y todavía entonces, en esos primeros paseos por mi nueva ciudad, me descubriría recordando que en la calle de los Tres Peces era donde vivía Soledad, la de la segunda serie, o que justo en la calle del Barquillo descalabraron a un corace-ro francés con una maceta. Hasta eso, Madrid, me lo acabaría regalando Galdós.

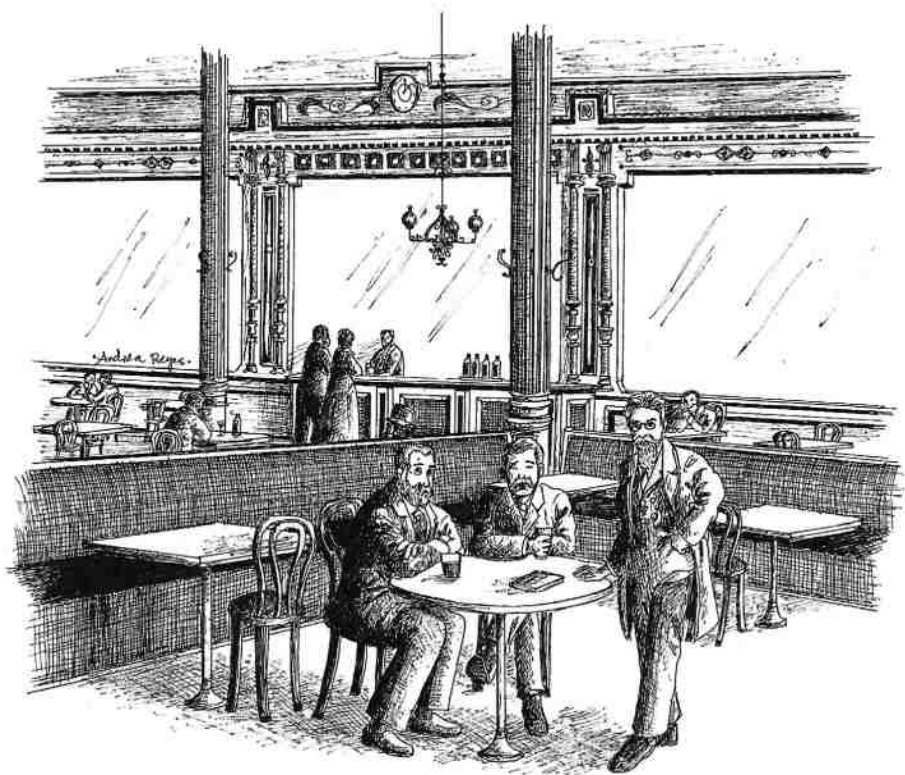
Pero como sucede siempre entre padres e hijos, hubo también un tiempo en que Galdós y yo nos distanciamos. Todo comenzó en un taller de escritura creativa que la Escuela de Letras impartió en colaboración con la Fundación Marcelino Botín. Yo tenía por aquel entonces quince años. Recuerdo que el primer día de clase nuestro profesor, Alejandro Gándara, nos preguntó por nuestras lecturas favoritas. No recuerdo con claridad las respuestas. Imagino que mis compañeros, que también eran adolescentes, citarían a autores de literatura juvenil que yo, con cierto esnobismo o cierta ignorancia, por aquella época despreciaba sin haber leído. Cuando llegó mi turno, declaré muy confiado que yo no leía más que a Galdós, Galdós y Galdós. Y entonces sí me sorprendí de verdad cuando Alejandro, a quien todos los autores mentados le habían parecido bien o al menos lo suficientemente bien para guardar un respetuoso silencio, se echó a reír con aire levemente despectivo. Galdós, «el Garbancero», dijo. Dijo también que estábamos en el siglo XX, por el amor de Dios, lo cual era por cierto una obviedad que estaba a punto de convertirse en falsa, pues todo esto sucedía en el otoño de 2000. Dijo que a lo largo del curso —y por cierto, esta amenaza la cumplió escrupulosamente— me llamaría «el Galdosiano». «El Galdosiano» o «el Galdosito»: ya no me acuerdo. La memoria flaquea en este punto. Y así fue: yo sería, durante un año entero, «el Galdosiano», o «el Galdosito», o tal vez ambas cosas, y me lo llamaba

por cierto el único escritor que yo conocía por aquel entonces. No sé si debo aclarar que tras todas esas bromas mi confianza en Galdós se debilitó. Comencé a leerlo como Gándara escuchaba recitar nuestros textos: con las cejas cínicamente enarcadas, con cierto aire levemente desdeñoso. Intenté que Galdós no me gustara y que Gándara sí me gustara y que además ese tal Gándara fuera un nuevo padre, en sustitución de ese otro padre canario que se me escapaba. Creo que fracasé en todas esas empresas. Lo que Gándara sí logró es que apartara de mi escritorio por un tiempo las Doñas Perfectas y las Fortunatas y las Jacintas y me animara a leer autores nuevos y portentosos: autores como Salinger, Kafka o Cortázar, que no son una mala herencia. Pero también logró que durante una época me convenciera de que Galdós era una especie de pecado de juventud: un escritor muerto y polvoriento que podía servir para salvar la vida de un moribundo y para introducir en la literatura a un niño, pero que fuera de eso no valía gran cosa.

De pronto me pregunto, con genuina curiosidad, si Alejandro Gándara será uno de los escritores invitados a ofrecer su impresión de Benito Pérez Galdós en estas páginas. Me pregunto cuál será esa opinión. Y me pregunto también cuándo yo mismo me reconcilié con Galdós. Cuándo comprendí que llamarlo «el Garbancero» puede ser un insulto, pero también el mayor de los halagos: porque Benito es ese autor que se atreve a hacer lo más difícil, hablar de potajes y chatos de vino, de cocinas y buhardillas destartaladas, de tascas y cafés y callejuelas angostas donde nadie veía nada más que lo cotidiano. Todos esos lugares grises y rutinarios que sólo él sabía de algún modo tocar con el milagro de la literatura. Porque él fue quien me enseñó precisamente eso: en qué consiste el milagro de la literatura.

EL MILAGRO DE LA LITERATURA

Tal vez no sea exagerado decir que soy escritor gracias a Benito Pérez Galdós. Pero siempre lo recordaré por su mayor hazaña: porque fueron sus libros los que le salvaron la vida a mi padre.



Jesús Ruiz Mantilla

(Santander, 1965)

LAS DOS ESPAÑAS SENTADAS EN UN CAFÉ DEL MUELLE

DESDE QUE TUVE CONCIENCIA de querer convertirme en escritor siempre traté de dejar en la mochila que todos vamos preparando para el viaje un hueco para Galdós. Agradezco pertenecer a una generación ecléctica, libre de muchos de los prejuicios que precedieron a las anteriores, en absoluto centrada en matar a ningún padre sino más bien en adoptar a muchos: los que más te convienen. No vivimos como imperativo ni trauma la mamarrachada de don Benito «el Garbancero», ese apelativo soberbio y mendaz que le colgó encima Valle-Inclán y duró hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xx. Es más, traté en lo posible que se me pegara algo de los dos. Ventajas de la posmodernidad.

Pero ese parentesco galdosiano influyó más en mí por el hecho sencillamente azaroso y biológico de haber nacido en Santander. Una de las más nobles motivaciones que uno siente a la hora de escribir cualquier novela es la rabia. Cuando ideé mi novela *Ahogada en llamas*, confieso que, aparte de perseguir una idea de tratar de descubrir una identidad colectiva que definiera la ciudad, quise reivindicar la figura de uno de sus habitantes más geniales: el propio Galdós.

Cuando paseo por los alrededores de San Quintín por el frente de la Avenida Reina Victoria, poco antes de la curva de

La Magdalena, y observo el entorno que rodea su paisaje, la vista casi calcada que debía de tener sobre la bahía, la quietud bañada en la calma marítima de sus amaneceres, el sentimiento de indefensión que puede provocar el murmullo cercano y el apagón en el cielo de sus temporales, imagino al maestro, admirado ante los paisajes cambiantes de ese paraje desde el porche de su palacete y detrás de las ventanas. También me llevan los demonios ante el desprecio y la total ausencia de referencias hacia su paso por ahí, aparte de que —faltaba más—, la calle de entrada trasera a la finca lleve su nombre. Todo el desdén soberano que su figura ha sufrido en la ciudad que lo acogió después de su muerte es culpa nuestra y sólo nuestra, de los santanderinos.

Muchas veces me da por comparar y pienso que en cualquier pueblecillo de Francia donde Balzac hubiese parado a comer un tentempié le levantarían una casa museo, mientras que en Santander, el lugar en que veraneó ininterrumpidamente durante cinco décadas y escribió una gran parte de su obra, Galdós, el recuerdo y la reivindicación de su memoria siguen siendo escandalosamente rácanas, salvo excepciones, como el estudio continuo que le han dedicado especialmente Benito Madariaga y José Ramón Saiz Viadero.

Todo eso —con la ayuda mayúscula de ambos cronistas— me llevó a querer inventarlo como personaje y meterle como un santanderino más en ese trío intelectual asombroso que formó con dos personajes en las antípodas de su pensamiento: José María de Pereda y Marcelino Menéndez Pelayo.

Santander es la ciudad de estos dos últimos. Pero no, todavía, la de Galdós. Y fue él, a mi modo de ver, el más crucial, influyente y brillante de todos ellos. Aun así, los tres protagonizaron algunos de los episodios más ejemplares en cuanto a

tolerancia de nuestra historia. Otra injusticia del olvido que debe ser constantemente reivindicada.

Debemos sentirnos eternamente agradecidos a Pereda por el hecho de que le inoculara el veneno de su tierra natal. Una primera visita en 1871 bastó para que Galdós, nacido en Canarias, supiera que Santander y su entorno debían convertirse en su lugar en el mundo preferente junto a Madrid. Esa sensación de permanencia e integración en vida no ha sido ratificada después de su muerte con la justicia que merece. Pese a haber contribuido a hacer de la ciudad un lugar infinitamente mejor de lo que era, en gran parte, gracias a su amistad con los otros dos autores.

Galdós no perdonaba su paseo diario con Pereda. Ni cuando Menéndez Pelayo andaba por aquí, su tertulia en los cafés del muelle, preferentemente en el Suizo, que aún existe. Discutían y proferían maldades, establecían compromisos y estrategias, como la que urdieron don Benito y don Marcelino para meter a Pereda en la Real Academia Española incluso cuando este no cumplía el requisito de ser vecino de la capital.

¿Se dan cuenta? De una parte, el intelectual de izquierdas, que llegó a ser diputado por el Partido Liberal y después, como líder, por la Conjunción Republicano-Socialista; el escritor, ensayista, articulista y dramaturgo al que gran parte de sus conciudadanos leía, junto al directo inspirador del nacional catolicismo, unidos en varios empeños. Las dos Españas tertuliano y estableciendo lazos de colaboración para construir puentes en una entente de tolerancia ejemplar, basada en el entendimiento y la amistad.

Y aun así, los puntos de vista que ambos representaban, simbolizaban y encarnaban acabaron cayendo por el estrepitoso barranco de la guerra civil. Todo un símbolo de nuestro pasado

fracaso colectivo. Pero el lazo ejemplar no quedó ahí... No me resisto a recordar otro episodio.

La amistad de ambos venció la siempre delicada prueba de los egos. Ambos hubieran podido conseguir el Premio Nobel si no hubiera sido por la utilización política que se hizo de sus dos candidaturas. El único español que había logrado el galardón sueco hasta la fecha fue José Echegaray, en 1906: pobre representación en el palmarés donde las haya. El rumor sobre el merecimiento de Galdós no cesaba, por motivos más que obvios, y cuando su candidatura fue propuesta oficialmente, una reacción furibunda de la iglesia en connivencia con diferentes sectores conservadores y cavernarios hizo lo imposible para que no sucediera. Para ellos, el autor de, entre otras muchas obras anticlericales, la blasfema *Electra*, representaba lo opuesto al alma española.

La estrategia de derribo conllevaba una alternativa: Marcelino Menéndez Pelayo. De inmediato se esgrimió la candidatura del ensayista y polígrafo como alternativa a Galdós. Eso que hubiera significado odio eterno entre dos autores en pos de su propia ambición de reconocimiento, se dirimió como un elegantísimo pacto entre caballeros. Acordaron no meterse, preservar su amistad ante todo y que la batalla no enturbiara su relación.

Lo que para muchos de sus fanáticos partidarios llegaría a ser cuestión de vida y muerte, lo que se convirtió en uno de los episodios interminables de enfrentamiento entre las dos Españas en el campo de la cultura, para ellos —asumiendo cada uno el riesgo de perder por la deplorable imagen que proyectaba así el país en Estocolmo— representó la oportunidad de dar toda una lección de decencia. En el caso de Menéndez Pelayo, la última. Porque murió el mismo año en que se produjo el enfrentamiento: 1912.

En cuanto a Galdós, sólo cinco años más continuó pasando sus veranos en Santander. Hasta 1917. La salud y las deudas le alejaron definitivamente de la ciudad, hasta su muerte en 1920. Tan acuciado se vio por los agobios de la economía que puso San Quintín en venta un año antes de fallecer para descargar de deudas su herencia. A 400.000 pesetas de entonces. Ahí es nada.

Hoy, tan sólo el muro de contención original en el frente de la entrada y un cartel con azulejos azules adornado de cierta caligrafía gótica con dos palabras —San Quintín— dan idea a los muy iniciados de que ahí vivió feliz largas temporadas de su fructífera carrera: una de las más brillantes de la historia de la literatura universal. Y ni una inscripción certifica su figura y su paso en la fachada. ¿Hasta cuándo durará el desprecio?



Judica Reyes

Gonzalo Calcedo

(Palencia, 1961)

LOS DECIMONÓNICOS

A LOS DOCE AÑOS, tras un árido periplo castellano, viví de alquiler con mi familia en el paseo de Pérez Galdós. Figuraba así en el callejero de Santander, hurtando el nombre al escritor. En nuestras conversaciones de colegio yo añadía a aquellos apellidos un 45 que era un conjuro cabalístico; cuando me preguntaban por el piso y la letra, pronunciaba la palabra «chalet» muy ufano, exhibiendo un ridículo orgullo. Vivir en una casa no era lo mismo que apretarse en un piso. Mis compañeros de clase encajaban mi bravata con burlas, aflautando la voz o pasando directamente a las manos: pelearse, para qué negarlo, formaba parte del recorrido habitual de la edad y tenía sus defensores. De todo se aprendía algo.

Ni que decir tiene que a principios de los setenta —doblar un siglo siempre marea cuando se trata de confesarse— sabía poco del escritor, nada en realidad. Debutaba como lector «serio» por entonces, pero dando la espalda a lo que yo consideraba decimonónico, una palabra comodín que condenaba cualquier acontecimiento artístico que incluyera sotanas, bombines o monóculos. Y lo decimonónico en aquella verdoza y soleada esquina de la ciudad estaba por todas partes. Bastaba con poner un pie en las aceras ribeteadas por malas hierbas —la

naturaleza de las fincas colindantes todavía pugnaba por recuperar su ámbito— para respirarlo. Siendo sincero, el paisaje y la almidonada atmósfera de las casonas milagrosamente en pie me sobrepasaban. También el silencio mayestático, de bosque en calma. Teníamos por entonces un perro al que me sentía atado por algo más que una correa. Durante nuestras caminatas —conversaciones de tú a tú incluidas— podía escucharse el ruido de nuestros pasos rebotando contra el castigado revoque de los muros cercanos. Temporal tras temporal, las llagas del tiempo descubrían en las paredes apretadas hileras de ladrillos y rebabas de argamasa. El dédalo de calles solía desembocar en verjas forjadas, empalizadas medievales erizadas de lanzas, con rosetones dorados, que azuzaban mi belicosa fantasía. Los perros allí prisioneros —guardianes de la decrepitud a cambio de agua y comida— ladraban a nuestro paso poniéndome el vello de punta. Era como habitar el principio (no sabía entonces que se trataba de un final) de otra época.

A mis compinches en aquel libertino callejeo no parecía intrigarles la historia —la asignatura más mortecina de todas—, así que con ignorante alegría lanzábamos piedras contra las indefensas ventanas. Lo pretérito quedaba a merced de nuestra puntería. Ver romperse un cristal —el marchamo de una propiedad, de una vida asentada y probablemente ya concluida— nos dejaba petrificados, clavados como estacas a los parterres de la acera por una falsa valentía; también una sensación de vacío, de logro sin resultado. Nadie salía a recriminarnos, ni siquiera los espectros que suponíamos habitaban las picudas buhardillas y mansardas, custodiadas por altivas palmeras, ateridas veletas y el paraguas sin tela de los pararrayos.

Con el tiempo y tras despachar novelas que me trasladaban directamente a océanos ajenos (London, Melville y Stevenson

en comandita), Benito Pérez Galdós fue un escollo, otro epígrafe en negrita de nuestros libros de Lengua y Literatura. Para mi desdicha, además, siempre había más lengua que literatura, una desviación que sigo detectando hoy, cuando docentes y escritores criticamos que las criaturas coleccionen dioptrías en las pantallas digitales saltándose la tinta impresa. Yo consideraba la maldición decimonónica una persecución inquisitorial. Emboscado tras el parapeto de los hombres de acción (por ahí se había colado Baroja), leía a otros autores, más atento a las fechas de edición que a las bondades literarias de sus firmantes. Todo lo que no fuese Graham Greene o Hemingway tenía para mí el tufillo del costumbrismo, de lo rancio y anquilosado en caracteres y descripciones. La vida no podía ser así de aburrida. Se trataba de una distancia entendible a una edad en la que lo «moderno» valía su peso en oro. Llamar a las cosas por su nombre no cotizaba demasiado en el canon literario imperante y los decimonónicos gastaban demasiadas cuartillas en contar asuntos de por sí tediosos. Confabulados con el sistema educativo, querían someterte bajo un decanato de desvanes y muebles arrumbados, cubiertos por polvorientas sábanas.

Vivía entre fantasmas, aunque sin entender su legado. Villa Iris quedaba al lado —era el número 47 del paseo—, con su aire de *chateaux* y un sobrecogedor pórtico de entrada que recordaba al Xanadú de *Citizen Kane*. Nadie habitaba la mansión adivinada entre nubes de polen. Nos referíamos a sus dueños como seres ultraterrenos que algún verano, si sus intereses lo exigían, recalarían allí. Congeniábamos en cambio con los guardeses, los amos de la huerta que lindaba con nuestro jardín. Orgullosos de haber trasladado el campo a la ciudad, tenían en cuenta mis cuitas y quitaban hierro a las fugas de nuestro asilvestrado can. Más allá, la finca de San Quintín —el genuino

fuerte asediado de la zona— comenzaba a resistir el asalto y derribo de las villas colindantes. Menguadas por las herencias sin resolver, se sometían al acero de las bolas de demolición con gloriosa resignación. Vi derruir unas cuantas, más lamentando las vistas de la bahía que iban a desaparecer —en su lugar iban alzándose edificios modernos con una desquiciada volumetría— que la pérdida de memoria común a causa del festín inmobiliario. Los propietarios de nuestra casa vivían allí y hablaban de Don Benito, su anterior inquilino, con un desparpajo que acercaba al escritor: recuerdos, cuadros, material de trabajo, bancos de jardín y árboles que le habían sobrevivido. Con imaginación podía vérselo caminando por los senderos al abrigo de sus disquisiciones morales y políticas. La hipoteca de los libros de texto continuaba, sin embargo, frenando para mí su lectura atenta y no obligada, algo que sucedió años después, mudados a otra parte de la ciudad. El mundano centro de semáforos y comercios cercenó mis aventuras tribales y me depositó, como una hoja a conservar, entre los lomos de nuevas lecturas. Un atisbo de madurez, a su manera, llamaba a la puerta. Quedó allí el refugio de la primera adolescencia y mis escarceos con la gran literatura, todavía más cercano a Conrad —el polaco al fin y al cabo encajaba bien con el aroma salino del Sardinero— que al propietario legítimo del paseo. Un Santander apócrifo, al cobijo del histórico, se desvanecía.

Es ahora cuando, volviendo a aquel viejo territorio, la redescubierta modernidad del personaje me enfrenta a mis carencias. El garante del conservadurismo (oh, ignorancia mía) no era tal. Muy al contrario, puro en ristre gastaba su pólvora en solventar hipocresías y calumnias, manteniéndose fiel a sí mismo frente a la indiferencia. Atento a las imperfecciones de una sociedad de relicarios, los complots en su contra nunca le interesaron.

Tardé en comprenderlo. Página a página, lo decimonónico fue desdoblándose para mí en talento y honestidad. Lo cuarteado se tornó nuevo, vigente. Pero poco queda del paseo tal como yo lo recordaba, mucho afortunadamente del autor y su monumental legado. Tal vez la quietud —veranos aparte— permita respirar aquel mismo aire, las veredas que paseó Don Benito. La pena de lo que fue y ya no está. En nuestro descabellado presente hay que indagar y corregir con la mirada los edificios, el destello de tanta verticalidad, para reencontrarse con lo decimonónico puesto al día. Hablamos, en suma, de un renovador y un precursor orillado al que las efemérides sacan brillo. Descubrir que la modernidad no era solo actualidad, que la obra de Don Benito —por sólida y concienzuda— escapaba a mis fraudulentos parámetros literarios, tuvo su recompensa. Ya no tengo perro que pasear —ni siquiera un taciturno gato me contempla cuando escribo desde el otro lado de la bahía, frente a la península que fue mi pequeño reino— y la reflexión hace tiempo que se ha impuesto a los impulsos por escribir sin tiento. Continúa, eso sí, la disciplina —no hay otra forma de afrontar este oficio—, tan pareja a la de otros escritores cuando buceas en biografías ajenas. Felizmente, la frontera entre decimonónicos y modernos se ha difuminado para mí. De regreso al paseo de mis primeros años de formación —ese Pérez Galdós de mi descontento— aún doy alguna que otra patada al borde de un adoquín roto para ver si está suelto. La tentación de recogerlo y metérmelo en el bolsillo me hace sonreír. Una sonrisa pesarosa, supongo. Con piedras en los bolsillos me sentía antaño armado, dispuesto para el combate. Pero los castillos y sus pálidas hadas se han ido. Los coches que atajan en su viaje a las playas por este bendito paseo dejan en el aire una calidez sucia; algún envoltorio perdido se queda atrapado entre los hierros de una

verja o los tronquillos de un seto. Ya no tiro piedras, sino que recojo papeles del suelo, como si quisiera inmortalizar aquel pasado luchando contra las fanfarronadas del progreso y, sin quererlo, yo mismo me hubiese vuelto decimonónico.

Enrique Álvarez

(Villafeliz de Babia, 1954)

GALDÓS, SEGÚN SUS CARTAS

FUE COMO SI DURANTE UNA LARGA TEMPORADA yo hubiera estado observando a Benito Pérez Galdós por el ojo de la cerradura de su cuarto más reservado: tal me pareció la lectura de su epistolario completo: la posibilidad de ver cómo era realmente el gran hombre en la intimidad, pero sólo mientras se situaba o se movía dentro de la zona de ese cuarto que resultaba visible desde el ojo de la cerradura.

Es de creer que nada retrata mejor a un ser humano que sus cartas. ¡Ay del siglo XXI en que las personas no dejarán más esa huella porque ya nadie escribe a nadie y porque los correos electrónicos pertenecen al reino de lo deleznable o de lo perecedero! De los diarios íntimos y de las memorias de los escritores no es prudente fiarse mucho. En sus memorias y en sus diarios los escritores tienden a embellecerse, a magnificarse, a justificarse, a veces también a denigrarse o a llorar y a echarse más ceniza de la cuenta. La sinceridad, la imagen más fiel de uno mismo, se encuentra, se encontraba en las cartas, particularmente cuando hablamos de cartas comunes y corrientes, de cartas funcionales, por decirlo así, no de cartas con ínfulas literarias.

Pues a ese género de misivas prácticas, sin otro objeto que comunicar algo útil, resolver cualquier negocio, fuera íntimo,

intimísimo, o no lo fuera, fuera de importancia o fuera baladí, pertenecen la inmensa mayoría de las cartas que el gran novelista español dejó, sin quererlo, para la posteridad. Son documentos del vivir cotidiano, escritos para transmitir un aviso, un ruego, una alabanza, un reproche, un agradecimiento, una pulsión afectiva o erótica, una súplica, un desahogo, una información confidencial. Y documentos escritos sin recrearse, sin pretensión estilística, sin sacrificar jamás a una frase hermosa la eficacia y claridad del mensaje.

Es así como pude ir descubriendo que el Galdós que yo conocía, el genial autor de las mejores series de novelas de la literatura española, no coincide exactamente con el Galdós verdadero, el profesional de la literatura, el solterón de una familia de clase media-alta de la España de la Restauración, el mujeriego tan precavido cuanto incorregible, el veraneante de Santander tan egregio cuanto discreto. Los narratólogos insisten mucho en que uno es el narrador de una novela y otro el escritor real que se esconde detrás de aquél. Incluso cuando la novela está escrita en tercera persona —como es el caso de las novelas galdosianas—, y una tercera persona muy personal, que se exhibe tal cual ante el lector, siempre cabe que ésta sea muy distinta, muy contrapuesta a la del hombre de carne y hueso que ha firmado la novela y que cobra los derechos correspondientes.

Pues bien, si nos hemos acostumbrado a etiquetar a Pérez Galdós de una determinada manera, como un caballero lleno de bondad y de ternura, especialmente para con los miserables y las víctimas, un hombre profundamente comprensivo, un alma contemplativa, con tendencia al ensimismamiento, incluso a la ensoñación, una especie de sabio despistado, ajeno a los cuidados e intereses de la vida práctica, ajeno a toda ostentación y apariencia, un escritor, en fin, sobrado de genio pero falto de

ambición mundana, es porque tenemos *in mente* al personaje que se nos manifiesta en la voz narradora de tantas de sus novelas, al misericordioso narrador de *Misericordia*, por ejemplo. El Galdós auténtico, de carne y hueso, fue un poco distinto.

El Galdós que observamos en su epistolario es un cabal burgués. Es un tipo que se toma muy concienzudamente su rol de escritor, pero no tanto en lo que tiene de vocacional, de misionero artístico, menos aún social, cuanto en lo que tiene de medio necesario para llevar una vida digna y muy acomodada, él y su familia. Galdós ostenta una visión muy crítica de la sociedad de su tiempo, sí; exhibe su fe progresista y republicana, cierto; no le gusta España ni el españolismo, es apasionadamente anglófilo (*horreur!*) y rabiosamente anticlerical, sin duda; pero nadie diría hoy, a la luz de sus cartas, que fue un escritor comprometido, un hombre que pusiera su obra literaria al servicio de causas políticas o sociales. El autor de los *Episodios Nacionales* fue más bien un profesional de la pluma que buscó, ante todo, la obra bien hecha, entendiendo ésta como algo lo bastante vigoroso, lo bastante emotivo y lo bastante convincente desde el punto de vista de la credibilidad histórica como para llegar a un público suficientemente amplio, porque en ello le iban los garbanzos.

El Galdós que hallamos en su epistolario es un amigo de sus amigos, un hombre extraordinariamente formal que odia quedar mal con la gente egregia. Que corresponde a la admiración de Pereda y Menéndez Pelayo con palabras y gestos de gratitud, de constante elogio y alabanza que parecen tener más de respeto reverencial que de sinceridad profunda. Nuestro autor tiene una amistad mucho más franca con Clarín, a quien se permite el lujo de criticarle *La Regenta* en ciertos aspectos, y en uno que me causa la mayor perplejidad: Galdós no se «cree» a Ana

de Ozores, no le parece verosímil su caída con don Fermín de Pas. ¡Toda la novela le parece sobrecargada de lascivia! Quién lo iba a decir...

El don Benito que observamos en su epistolario es un tipo que necesita un entorno familiar en que impere la tranquilidad. Ello le obliga a comportarse como un hombre serio y decente, a ahorrarles todo escándalo a sus hermanas y sobrinos. Y le obliga, sobre todo, a ser un hipócrita con sus sucesivas amantes, a las que mima, a las que mantiene y a las que adora, pero no tanto como para perder por ellas la cabeza hasta el punto de plantearse un posible matrimonio con ninguna, que iría en detrimento inaceptable de los intereses de su familia, a la que nunca va a postergar.

El Galdós enamorado, según su epistolario, es un tipo básicamente santanderino, porque casi todas las cartas de amor conservadas están escritas aquí, y en especial hay pocas cosas que yo haya leído tan picantes como las que dirigió a Concha Morell, la famosa amante judía que se trajo a Santander, a la que encerraba en casas siempre alejadas del casco urbano y a la que iba a visitar de incógnito. Otras veces también la recibía oculto en un hotel en la zona de las Estaciones que ya no existe, y pasaban juntos sólo la tarde, rara vez la noche. Esta historia, la del amor del genial escritor y la humilde, huérfana, fracasada actriz, es tan conmovedora, que parece increíble que no haya un escritor en Cantabria que haya tenido la ocurrencia de novelarla, sobre todo a la luz de su final, el terrible último año de la actriz, tuberculosa y prácticamente abandonada, en una casa del pueblo de Cueto, muchos años antes, todavía, de la muerte del genio. Galdós fue un amante fogoso y obsesionado con ella: era una «real hembra», pero alocada, caprichosa, anárquica, rebelde y con tendencia al exhibicionismo. El escritor pretende

un amor totalmente secreto, que es pedir peras al olmo. Y entonces un día la pasión, la obsesión se le apagan, y así empieza la serie de cartas en que Galdós apenas hace otra cosa que poner excusas para dilatar los encuentros, y cuando las excusas decentes (sus muchas obligaciones literarias, su necesidad de trabajar y ganar dinero para bien de ella) no bastan, empiezan las indecenas: le dice que está enfermo, todo los días anda acatarrado o con diarrea: Galdós se convierte así en un viejo cagón, pero al parecer ni por esas se desanima su amante. El final de la historia hay que fabularlo: en el epistolario ocurre que el personaje al que observamos por el ojo de la cerradura se ha movido algunos metros y ya no vemos nada. Hoy ya nadie sabe ni puede saber cómo fue la despedida, cómo el caballero don Benito dejó definitivamente sola a la joven a la que durante tanto tiempo había mimado, regalado y exprimido el jugo de su juventud.



Javier Tazón Ruescas

(Santander, 1953)

BENITO, MI ADORABLE CICERONE SANTANDERINO

ES EL MARTES TRES DE JULIO DE 1894. Doña Emilia Pardo Bazán ha permanecido una semana en el balneario de Ontaneda por prescripción médica. Hay quien afirma que se acercó a Cantabria para dar una última oportunidad a las relaciones con don Benito Pérez Galdós, enfriadas por el paso del tiempo y por tanto cruce de amantes en la vida del enamorado canario. Le ha enviado una carta diciéndole que, tras una breve estancia en Santillana del Mar, recalará en Santander antes de regresar a Madrid, en el Hotel del Muelle a partir del lunes dos de julio, donde si quiere puede pasar a visitarla. Sabe que él no se negará a tal encuentro. En efecto, don Benito acude a la cita y, tras una cantinera comida en La Zanguina, le muestra a la dama las entretelas de la ciudad de Santander, su patria de acogida veraniega desde hace más de cuatro décadas y, sobre todo, ya al atardecer, la invita a ver la finca de San Quintín, que ella tiene interés en visitar. ¡Escuchemos lo que hablan los antaño apasionados amantes y hogaño —con cuarenta y tres años ella y cincuenta y uno él— reconocidos pilares de las letras españolas!

—¡Qué maravilla, las sombras del atardecer sobre aquellas islas!...

—Esa es la de los Ratones, y la otra la Horadada, y al fondo, el arenal del Puntal, y la mole de Peña Cabarga.

—La naturaleza rezuma dulzura, querido maestro. No entiendo cómo no te has pasado con armas y bagajes a las enseñanzas de Zola.

—Ya sabes que soy muy propio, Emilia.

Dos atrevidas gaviotas se persiguen por entre los parterres de la finca. El perro las ladra, desesperado.

—Empiezo a entender por qué has terminado por recalar en este refugio, querido, es un oasis de paz.

—Bueno, también hace menos calor que en Madrid, es plaza más barata que San Sebastián, hay muchos vecinos del Foro y hasta tengo a mi hermano Ignacio como gobernador militar de la plaza...

—Algo más habrá, bigotiño mío, que te he visto dirigirte a aquellos marineros del bar y parecías uno de ellos.

—Tú siempre tan observadora.

—Hasta cantaste al hablar cuando ordenaste que les sirvieran otra ronda.

—Me siento bien entre esta gente, querida amiga, aunque hay algunos... Mira, ven...

Benito toma a Emilia del brazo y la lleva al interior de la gran sala donde, sobre un bargueño del siglo XVII reposa una cabeza de Voltaire que parece presidir la estancia.

—Cuando inauguramos la finca, a un columnista se le ocurrió decir que exhibía dentro de casa este busto del maestro y la noticia revolvió las cloacas puritanas. En las páginas del periódico del obispado, *La Atalaya*, me crucificaron día sí y día también... ¡Lo que dijeron de mí, Emilia!, cómo sería que hasta mi buen amigo José María de Pereda, que bien sabes que de masón nada de nada, y menos de socialista, tuvo que llamar al orden a

mi otro camarada, Marcelino Menéndez Pelayo para que, a su vez, diera un toque a sus correligionarios de sacristía...

—No entiendo cómo puedes tener tan buena relación con Marcelino, después de lo que ha hecho.

—¿Te refieres a que me ha reservado un capítulo de sus *Heterodoxos*?

—Es un catálogo de impiedades, *filliño*. Con él en la mano te perseguirán los intransigentes durante generaciones.

—Déjalos. No pienso replicar. La Historia tiene la última palabra, que vomiten a gusto, pero, mira, José María es otra cosa, aprecio mucho su amistad y ahí tienes otra razón para permanecer en Santander: la cercanía de mi gran amigo. Si supieras la de excursiones que hemos hecho. Me ha transmitido su amor por la tierra que él llama Cantabria...

—¿Pero qué son estas conchas enormes que usas de comedero para los pájaros? —corta Emilia admirada.

—Moluscos gigantes del Pacífico.

—Eres todo un naturalista.

—Y yo sin saberlo... Por cierto, mira estas marinas...

—Son bellas...

—Son horribles, buena amiga, ¿no ves que están todas sin acabar?

—No entiendo por qué. No eres hombre que deje las cosas a medias.

—Porque no logro captar el color en esta Bahía. Cambia a cada minuto.

—¡Me admiras!

Un revuelo de graznidos y ladridos que estalla en la portada les hace regresar al balcón por ver de qué se trata.

—Pero, ¿es posible? Esas malditas gaviotas... Son bellas, sí, pero rondan entre la basura todos los días, y ya está bien. Se lo

diré mañana al mayordomo para que tome medidas... ¡la madre que las trajo, desgraciadas!... ¡Vaya!, perdóname, amiga.

—¿Ves?, al enfadarte se te escapa el acento santanderino sin darte cuenta.

—Es normal, hasta tengo una hijita de cuatro años que es de esta tierra.

—¿Qué tal está la madre?, porque es Lorenza Cobián, ¿verdad?

—Sí, querida, Lorenza.

Benito ha tomado a Emilia de los hombros y la trae hacia él como puede. Ha engordado mucho. Ella lo nota proclive a la confianza.

—Lorenza es la madre, y mi torturadora y también me trastorna el recuerdo de María Guerrero que me esquivo en Madrid, y la demencia de Concha Morel...

—Eres tan amoroso, cuerpín de mis entretelas...

—Tú siempre estuviste a tu altura, Emilia, siempre has descollado entre mis amantes, y siempre te recordaré con agrado.

—¿Incluso cuando huí en Barcelona con Lázaro Galiano?

—Sufrí mucho.

—Sí, pero supiste también cuál era tu lugar respecto a mí, además luego redoblamos nuestro amor, ¿verdad?... Qué miedo me daba mi fogosidad, queridísimo, temía quebrarte en cualquier momento.

—Resistí tu furia Lidia Porcia.

—¡Gran torero!... Yo también resisto ahora tu abandono, Horace, amigo.

Tonos rojizos se apoderan del paisaje, y una luz zodiacal invade el ambiente. La luna prematura saluda redonda e irónica por entre los montes tras la Bahía.

Emilia se ha puesto seria.

—Dime, querido, ¿no podríamos arreglar aún las cosas entre nosotros?

—Como bien dices, me siento cada día más santanderino, y no puedo responder con un sí o con un no retumbante a tu pregunta. ¿Qué cosas?, ¿en qué consiste arreglar?, ¿quiénes somos nosotros?

—Un sofista es lo que eres, niño.

—Ven siempre que quieras, Emilia. Mi casa es tuya, mis amigos también. Aquí, en esta ciudad sacarías mucho provecho a tu pluma y pronto, como yo, te sentirías una piedra más de sus calzadas. Mira, en sus calles he dejado retazos de mis novelas, o al revés, adoquines de Santander pavimentan leguas enteras de mi obra. ¿Cómo te diría?...

Benito, acodado en la baranda, calla por un momento mientras contempla el escorzo difuminado de los montes.

—¿Leíste mi novela *Rosalía*?... ¿Sí?... Pero no te habrás percatado de la similitud y enormes diferencias entre mi Crisóstomo y el Robustiano de Pereda en *Blasones y Talegas*, ¿verdad?... ¿No leíste esta?, pues deberías hacerlo; me darías la razón. ¿Y qué decir de *Doña Perfecta*, que se desarrolla en Orbejosa, un trasunto de Santander?, ¿y qué de la polémica novela *Gloria*, en la que hago embarrancar al vapor Plantagenet en la Dársena del Camello?... Mira, desde aquí se puede ver, es ese roquedal en la base de aquella pequeña península.

Emilia arropa con su fraternal humanidad los hombros cada vez más frágiles y resumidos de Benito.

—¡Ay, vidiña, *miquiño* mío! ¿Debo llamarte mi montaña-suco?

Callan y escuchan. Al fondo el tibio oleaje de la playa de La Magdalena. Más lejos, como marco auditivo general, el rumorsolemne, *wagneriano*, del mar en el Sardinero.

Mientras Emilia reposa la cabeza sobre la espalda de su viejo amante, insiste en el negocio que la ha llevado tan al norte:

—¿Cabe alguna esperanza para lo nuestro?, ¿puede el Ave Fénix renacer de sus cenizas? ¿Podrá esta madre Naturaleza mecernos juntos de nuevo?

—Desengáñate, Emilia, Miliuca, Lidia Porcia, Nemétena, Diana Cazadora —responde Benito y se voltea para quedar de frente a su más incombustible amante—, la Naturaleza es sólo nuestra madrastra, porque somos hijos de la Historia, madre tristemente difunta.

La luna, ya empequeñecida, globo enganchado a la Peña Cabarga por un sedoso hilo invisible, es testigo del último beso de dos amantes, o del primer beso de dos amigos que se han tocado, olido, saboreado y hasta diríamos que degustado, en la plenitud de sus dos fructíferas existencias.

Más tarde los vemos dejar la finca de San Quintín agarrados del brazo, internarse al cabo en la ciudad de Santander, recalar en el dudoso antro de La Cátedra, entretenerse allí con sendos platos de angulas y un sabroso rape a la plancha, entonar con unos marineros la famosa habanera santanderina: «Voy cargado de tabaco desde la quilla hasta el tope, cuidado con que se toque mi velero bergantín...», y, para terminar la fiesta, contemplamos cómo don Benito toma la mano de la dama y, doblándose ceremonioso como añejo caballero español, la besa. Por último, somos testigos de cómo doña Emilia, puro fuego gallego, sujeta de los hombros al canario santanderino, lo atrae hacia su generoso pecho y estampa un fraternal beso en cada mejilla, mientras una ráfaga de viento sur los envuelve en la protectora fragancia salitrosa de la bajamar. *Acta est fábula.*

Germán Gullón

(Santander, 1945)

SOBRE CÓMO SANTANDER CAMBIÓ A PÉREZ GALDÓS

LA LITERATURA CONOCE VARIAS CARAS. La ofrecida por la fama literaria, la aureola del escritor, recuerda esos momentos en que la espuma de la mar iluminada por el sol se deshace en la orilla. Apenas dura unos instantes, gloriosos, eso sí, cuando el juego de luces irisa las olas. La energía del mar, en cambio, permanece oculta en sus profundidades. A Galdós no lo buscaremos en ese momento bello que contemplamos al borde del agua, porque se lo escatimaron los que aplicaban un credo a su obra para desmerecerla. Brilló en múltiples ocasiones, en varios homenajes, en el estreno de *Electra*, en un par de triunfos electorales, pero todos ellos fueron tiznados por las escorias del antigaldosianismo, que siempre apuntó con ácidas críticas al hombre, a su reputación. Sus enemigos querían hacer diana en la persona que con paciencia de artesano y mente de creador iba hilvanando las verdades de su tiempo, brotadas por el esfuerzo de la razón y la ciencia, que bien podemos llamar las verdades del hombre moderno. A Galdós lo encontraremos en esa energía que permanece en sus páginas, llenas de conocimiento sobre la vida española, cuando se despertaba a la democracia, a la lucha del ciudadano por conseguir el control sobre su vida.

Traigo esta imagen marítima porque fue en Santander, precisamente mirando la bahía de la ciudad, desde la ventana de

su despacho del chalet de San Quintín, donde Galdós encontró la paz para escribir sus novelas maduras y varias de sus obras teatrales. El observador de la realidad palpable comienza a mirarse a sí mismo. En ellas, a diferencia de las llamadas contemporáneas, que tienen lugar en Madrid, la intimidad del autor se deja entrever. Nunca ver. Vuelve en sus dramas a revivir el recuerdo de su primer amor, Sisita, frustrado por las exigencias morales de su madre. Galdós contemplaba desde su butaca el mar Cantábrico y su color verde le lleva a bucear en su vida, complicada, llena de amores cruzados, la paternidad, los numerosos proyectos novelescos y teatrales que exigían su participación, de salidas desganadas al escenario social. Galdós prefería estar en su jardín, escrutando los misterios del destino. Cuando no estaba en el despacho bajaba a la huerta, acompañado de su perro, fumando un puro, observaba sus plantas, sus gallinas, mientras conversaba con el jardinero. Luego, volvía a subir, a trabajar, tras intercambiar unas palabras con sus hermanas, con madrina. A redactar cartas, a Lorenza, la madre de su hija María, recomendaciones, a Leopoldo Alas, a su editor, y a los aliados políticos.

La bahía y la ciudad de Santander, San Quintín, las gentes de la ciudad, los amigos cántabros, consiguieron abrir un poco el carácter introvertido del escritor, demasiado apegado a las rutinas y a las tertulias familiares. Contribuyeron al cambio muchos factores. Sin duda, la campechanía de José María de Pereda, quien lo acogió cuando Galdós vino a Santander por primera vez en 1871, las asiduas visitas del escritor satírico José Estrañi, quien fuera director del periódico *El Cantábrico*, cuya amena compañía le alegraba muchas tardes. El hecho de que la ciudad era un punto de referencia durante el verano, que atraía a sus calles a multitud de visitantes, como

las actrices María Guerrero, Margarita Xirgú, que no dejaron de alegrarle con sus visitas a San Quintín, y que le mantenían al tanto de la puesta en escena de sus obras, nunca quedándose cortas en ensalzar los éxitos. En fin, Santander acogió al hombre introvertido que era Galdós, y le permitió airear las estancias de su intimidad, un poquito, lo suficiente para poder disfrutar de ese momento de serenidad que traen los años, cuando se hace recuento del pasado, y se busca el cariño de los amigos, de la familia. Galdós se sentía a gusto en Santander, le sentaba bien el clima suave, y el vivir alejado del bullicioso Madrid, porque le permitía hablar consigo mismo.

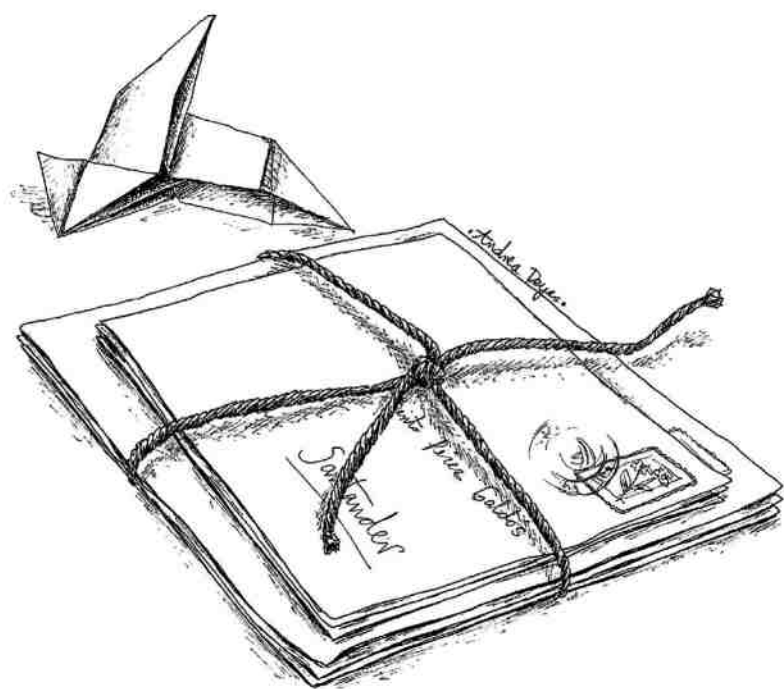
El núcleo familiar en Santander lo componían sus hermanas, Carmen, Concha, y Magdalena Hurtado de Mendoza, madrina, cuya fragilidad de nervios templaban los consejos de su amigo médico Manuel Tolosa Latour. Ellas le cuidaban muy bien, especialmente cuando le fue fallando la vista, a partir de 1911. Tras las gafas negras, que resguardaban sus ojos de la luz, continuó su introspección, y sus obras dejaron de tratar de la realidad y buscaron en los mitos eternos las verdades trascendentales de la vida. Allí en San Quintín vivió diversas alegrías, como recibir a su hija, María, que le permitió explorar sentimientos desconocidos, la paternidad. En fin, la mar, la huerta, los barcos que navegaban frente a su casa, camino del puerto o dirigiéndose a alta mar, marcaron su literatura, la llenaron de impresiones sentidas, de trozos de vida y de naturaleza. Y se nota en sus novelas escritas ya en el siglo XX, porque los personajes ya no son elaborados de una sola pieza, sino que están hechos de una mezcla de elementos, provenientes de las diferencias de origen social, de educación, y de circunstancias vitales. Resultan personajes modernos, elaborados a base de pinceladas aplicadas con suave tacto impresionista.

Galdós acudió también a las tertulias de la ciudad, donde no faltaba su amigo Pereda, ni Amós Escalante, ni Marcelino Menéndez Pelayo, quien pronto dejó de lado su animadversión ideológica por el escritor canario y se rindió ante su talento. Benito Madariaga de la Campa, el mejor conocedor del tema de Santander y Galdós, ha historiado con detalle estas relaciones y la variedad de actividades, viajes, que Galdós desarrolló en Cantabria. La riqueza intelectual de Santander, donde tantos artistas brillaron, escritores músicos, pintores, que crearon ese ambiente que siguió luciendo en el siglo xx.

Quizás uno de los momentos más deshonestos de nuestras letras tuvo lugar cuando a Pérez Galdós le propusieron para el premio Nobel, en 1912. Estaba ya casi ciego, y las deudas empezaban a ser un problema. Declarados enemigos suyos escribieron cartas a Estocolmo para que el jurado no le premiasse. Se recordó entonces que el químico que daba nombre al galardón había indicado en su testamento que se concediera a un escritor idealista, como lo había sido su benefactor, Nobel, químico y poeta. Propusieron, como contra candidato a Menéndez Pelayo, a quien no le sobraban méritos, pero lo que se pretendía era sabotear la candidatura del canario. Sólo quiero remitirme una vez más a la imagen con que abrí estas palabras. Así a Galdós se le escatimaba la fama universal, robándole su merecido reconocimiento, echando su valor artístico a los pies de los caballos de la política ultra.

Por eso, estamos preparándonos para cancelar la deuda debida a Galdós. El año entrante celebraremos el centenario de la muerte de Galdós, con exposiciones, en la Biblioteca Nacional, se representarán diversas obras de teatro de Galdós, algunas con novedosas puestas en escena, tendremos documentales sobre la vida de Galdós, y aparecerán biografías del autor canario.

Cierro estas palabras diciendo que también hay un Santander galdosiano, ese rico espacio de experiencias descubiertas por Pérez Galdós en la contemplación de la bahía, en la luz de sus aguas, que aparecen en la larga lista de sus obras escritas en San Quintín.



Joaquín Leguina

(Villanueva de Villaescusa, 1941)

GALDÓS ÍNTIMO

QUE GALDÓS ERA MUY DISCRETO con respecto a su intimidad personal nos lo recuerda el gran poeta Luis Cernuda con estas palabras:

La discreción de Galdós, como escritor, con respecto a su persona, le perjudica entre nosotros, ya que su honestidad de artista le impidió utilizar su obra para hablar de sí y hacer en ella su propio reclamo, como lo han hecho hasta la náusea las gentes del 98¹.

Quizá por eso sea bueno descubrir aquí algún «secretillo» galdosiano, y en «secreto» quiso él que fueran sus relaciones amorosas con la escritora gallega Emilia Pardo Bazán. Muchos y expresivos detalles de esa relación se conocen a través de las cartas que Emilia le envió al escritor canario a partir de 1881 y que Don Benito conservó en su poder. ¿Con qué intención? ¿Para que se pudieran leer después de su muerte? (Galdós murió con setenta y siete años el 4 de enero de 1920 y ella con setenta el 12 de mayo de 1921).

Para entender el tono íntimo que tienen estas cartas, baste solo con un ejemplo (carta escrita desde París):

Triste, muy triste... me quedé al separarme de ti, amado compañero, dulce vidiña. Soy de tal condición que me adhiero y me incrusto en el

¹ CERNUDA, L.: *Poesía y literatura*, Seix Barral. México, 1960

alma de los que me manifiestan cariño, y el trato va apretando de tal manera los nuditos del querer, que cuando menos lo pienso me encuentro con que estoy atada y no me puedo soltar...

Felices nosotros. ¡Ay! ¡Cuándo volveré a estrecharte en mis brazos, mono, felicidad mía, cuándo será! Vente pronto a Madrid, te quiero ahora como nunca, y sin ti ya no me encuentro, sin tus caricias, sin tu charla y la miel de tus bromas y de tus agudezas que tienen la sal del mundo.

Y firma «Peinetita... que te besa un millón de veces el pelo, los ojos, la boca y el pescuezo».

El 20 de mayo de 1888 se inauguró en Barcelona la Exposición Universal, bajo la presidencia de Alfonso XIII. Entre quienes asistieron a la inauguración (cuando la Exposición se clausuró había sido visitada por dos millones y medio de personas) estaban Pardo Bazán y Pérez Galdós, que habían viajado desde Madrid en el mismo tren, pero en asientos separados. En la estación de Barcelona, esperando a la escritora gallega, estaba Narcís Oller, quien habría de jugar un papel principal, aunque involuntario, en la presente historia.

Narcís Oller fue uno de los animadores de la Renaixença. Galdós, que no era precisamente partidario de ninguna «singularidad» lingüística, le había escrito a Oller en una ocasión lo siguiente: «Es tontísimo que usted escriba en catalán». Oller fue traducido en vida a varios idiomas y él tradujo al catalán a escritores tan notables como Tolstoi, Carlo Goldoni o Alejandro Dumas, entre otros.

Pero a lo que íbamos. Oller se convirtió en *cavalier servant* de la Pardo Bazán durante aquella visita e iba al hotel a buscarla cada mañana para, después, acompañarla a diferentes eventos, y fue así como la pareja Oller-Pardo Bazán se encontró en una Exposición de pintura con José Lázaro Galdiano, amigo de Oller. Era el 27 de mayo y Galdós ya había vuelto a Madrid.

Al día siguiente Oller acudió puntual al hotel para buscar a la Pardo y allí le dijeron que no estaba, pues había partido de excursión con Lázaro Galdiano hacia Arenys de Mar.

Y en Arenys, durante varios días, «pasó lo que tenía que pasar». Al fin y al cabo, José Lázaro Galdiano no era precisamente una «pera podrida». Muy al contrario, Galdiano (Beire, Navarra 1862 - Madrid 1942) era joven (once años menor que ella), apuesto y muy rico, hasta el punto de que, según algunas crónicas, fue el español más acaudalado de su tiempo. Además, era culto, coleccionista de arte y notable periodista «de sociedad».

Tras la aventura amorosa en Synera (así llamó Espriu a esa ciudad costera que fue la suya), las cosas entre el canario y la gallega hubieran vuelto a la «normalidad» de no producirse una metedura de pata de Narcís Oller, quien, ignorante de los lazos que unían a doña Emilia y a don Benito y en un acto de cotilleo indigno de un «caballero», le vino con el cuento a Galdós, comentándole la aventura de la escritora con el joven magnate. Quizá con aquel chisme de compadre le quiso hacer una gracia a su amigo, pero lo que le hizo fue polvo. Galdós calló ante Oller, pero no se tragó el disgusto y escribió a su amante una carta que no se ha conservado (doña Emilia, más discreta que el canario, destruyó las cartas de éste), en la que Pérez Galdós se expresó con gran contundencia. No fue aquello un simple reproche. Así se deduce de la contestación escrita por la Pardo, que sí se ha conservado:

Acabo de leer tu carta. Voy a sorprenderte diciéndote que adivinaba su contenido. Sé quién te enteró de todos esos detalles y comprendí a qué aludías al anunciarme un cargo grave [...] En efecto, mi infidelidad material data de Barcelona, tres días después de tu marcha.

Nada escribiré para excusarme, y sólo a título de explicación te diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de

los sentidos fruto de circunstancias imprevistas. Deseo pedirte de viva voz que me perdones, pues te he faltado y sin disculpa ni razón.

Hasta luego; no lles a mal nada de lo que en esta carta te escribo: la recibirás por la mañana (el jueves) y por la tarde podré desahogar un poco el corazón rogándote que no pierdas enteramente el cariño a la que te lo profesa santo y eterno.

Hasta luego, no olvides las señas. Haz por comer y no fumes mucho.

Lo de «no olvides las señas» y «haz por comer y no fumes mucho» no tiene ni precio ni desperdicio, sobre todo cuando «las señas» eran las de un muy visitado piso, que era el nido de amor que compartían y estaba en la calle La Palma, muy cerca del cuartel de Monteleón, donde Velarde y Daoíz resistieron a las tropas francesas en mayo de 1808.

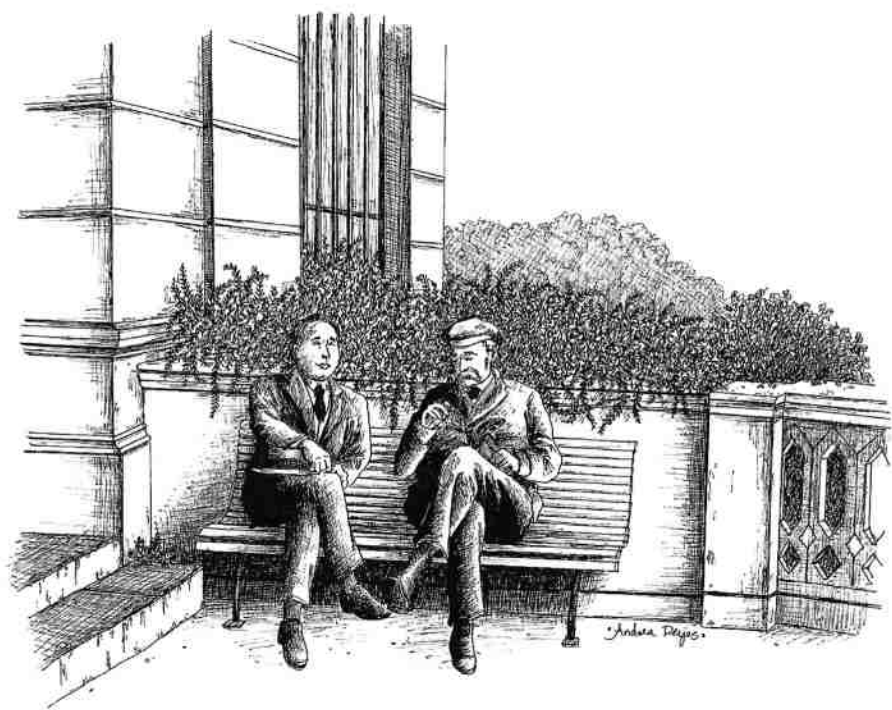
Aquel desahogo erótico barcelonés había de tener, como las grandes fiestas, su octava, en este caso literaria. Ella escribiría al respecto *Insolación* y también Galdós produjo, como consecuencia de aquellos «hechos», *La incógnita*, que luego sería trasladada a las tablas bajo el título de *Realidad*.

Cuando Pardo Bazán terminó la lectura de *La incógnita* le escribió a su «reconciliado» amante lo que sigue:

Me he reconocido en aquella señora más amada por infiel y por trapace-
ra. ¡Válgame Dios, alma mía! Puedo asegurarte que yo misma no me doy
cuenta de cómo he llegado a esto. Se ha hecho ello solo; se ha arreglado
como se arregla la realidad, por sí y ante sí, sin intervención de nuestra
voluntad, o al menos, por mera obra del sentimiento que todo lo añasca.

Se comprueba aquí que doña Emilia sostiene que la propia voluntad de poco vale ante el fuego de la pasión. Tesis difícil de sostener, pero la complejidad de la vida se expresa mejor en la ficción que en las disculpas. La escritora se explayó como mejor supo hacerlo en la obra de ficción *Insolación*, obrita que dedicó precisamente al causante del tropiezo: «A José Lázaro Galdiano en prueba de amistad».

La condesa de Pardo Bazán, primera mujer catedrática de la Universidad Central, propietaria que fue de del Pazo de Meirás (que luego pasaría a otras manos), era una grandísima escritora y tengo para mí que fue la española más admirable de su tiempo. Fue defensora de la igualdad de hombres y mujeres, luchadora en pro de la dignidad femenina.



José Martínez Ruiz, «Azorín»

(Alicante, 1873)

EN «SAN QUINTÍN» CON EL MAESTRO GALDÓS

1

Cuando hemos franqueado la puerta del jardín, hemos visto al maestro que estaba sentado fuera de la casa, a la sombra, en un rincón, leyendo un libro.

—Es una comedia de Aristófanes, *La asamblea de las mujeres* —dice D. Benito—. Este hombre tiene la mar de gracia. Yo creo que si se arreglara esta obra, gustaría...

Pasamos al estudio del gran novelista: una amplia pieza, cuadrilonga, llena de libros, cuadros, fotografías, dibujos a la pluma, chucherías de porcelana y de nácar. En un estante, sobre los tejuelos de los volúmenes, se lee: Goethe; Schiller; Cayla, *Le Diable*; Flaubert, *Salambó*; Zola; Dickens... Sobre el reborde ancho de la anaquelera destacan una fotografía de Sagasta, otra de Cánovas, con dedicatoria «al ilustre novelista», y otra de Zola, en que se ve la letra recia, simétrica, fuerte, del gran novelador francés. Más allá, al otro lado de la puerta, hay otro estante bajo, de un solo cuerpo; figuran en él las *Memorias*, de Alcalá Galiano; las de Fernández de Córdoba; los *Conquenses ilustres*, de D. Fernán Caballero. Sobre la tabla, otro grupo de retratos fotográficos: Doña Emilia Pardo Bazán, de moza, con una dedicatoria que el tiempo ha desteñido; Arturo

Mérida, con traje de bandido andaluz; Pereda, con su perilla hidalga; grupos de amigos y parientes... En las paredes cuelgan dibujos de Lizcano, un paisaje de Redondo, un retrato de Galdós pintado por Sorolla. En el centro de la estancia pende un diminuto barquichuelo.

—Es un ex voto de una iglesia de mi pueblo —dice el maestro—; me lo regalaron y yo lo restauré. Fíjense ustedes: se trata de un galeón del siglo XVII...

Sobre un piano abierto hay un rimerero de partituras y piezas de música. En frente se ve un harmonium también abierto, con anchos folios llenos de notas, en el atril. La chimenea está al lado.

—Esta chimenea —dice Galdós— no la he encendido nunca; no se ha estrenado.

—¿No viene usted aquí durante el invierno?

—Sí, he pasado aquí inviernos enteros; pero no siento frío. Lo único que molesta es el viento; es un viento furioso, que hace trepidar la casa. Está uno durmiendo y parece que va a volar la cama.

Amueblan el despacho anchurosos y terreros divanes y butacas. Sobre uno de los sillones reposa un maletín de viaje, de cuero negro —tal vez el que usa el maestro para sus excursiones—, y en el respaldo de otro hay puesto un traje negro, doblado. La mesa en que trabaja Galdós es amplia, tallada, con retorcidas patas. Sobre ella se ven dos atriles (en los que hay cuartillas con apuntes, un cuaderno chiquito con las tapas rojas, a manera de Agenda, y un grande y abultado sobre los sellos franceses y dirigido a D. Benito); hay también sobre la mesa tres libros, con los cantos dorados, puestos derechos en un sostenedor; otros libros y apuntes amontonados junto a la pared, una maceta de Talavera con su plato, una caja de las de

papel de escribir llena de sellos usados y tarjetas postales, y un pliego de papel recubierto de una pasta melosa llena de moscas muertas. Algunos de estos familiares insectos se acercan por las orillas, y durante un segundo quedan cogidos por una pata; mas luego dan una violenta sacudida y tornan a volar.

—Yo creo, D. Benito —me permito observar—, que algunas moscas ya van teniendo cierta experiencia.

—Sí, sí —contesta D. Benito—, desgraciadamente va sucediendo esto.

—La mosca —digo yo— es un insecto inestimable; Luciano ha escrito un elogio de la mosca.

Y de Luciano pasamos a hablar de los clásicos griegos y tornamos a devanear sobre Aristófanes.

—Aristófanes fue uno de los que perdieron a Sócrates.

—No; dice este traductor en el prólogo, que Sócrates vivió veinte años antes que Aristófanes.

—No sé; yo he leído hace poco una biografía inglesa de Sócrates en que se le hace este cargo a Aristófanes.

Transcurre un breve instante en silencio.

—¿De modo que ustedes vienen ahora de Solares?

—Hemos estado en Cestona, en Urberuaga y en Zaldívar...

—Debían ustedes ir a Santillana. Es un pueblo curioso.

Y hablamos de los vetustos pueblos del interior: de Almazán, de Viana, de Salas de los Infantes, de Arévalo.

—Todos estos pueblos —dice el maestro— son interesantísimos. Pero para visitarlos hay que viajar en tercera; yo he hecho así muchos viajes. De otro modo no es posible enterarse, porque los señoritos que van en primera no pueden enseñarnos nada. Y, después, es preciso parar en mesones, no en esos fondines a la francesa, todos iguales. Se ven en las posadas una porción de tipos interesantes; por ejemplo, los caramanchoneros,

que son vendedores de mulas, que van dejándolas en su excursión por los pueblos y al retorno las cobran; los ordinarios, los campesinos que vienen al mercado un día a la semana; otros tipos que van componiendo lebrillos y tinajas, y otros que arreglan paraguas... Yo salgo mucho por los pueblos, acompañado por este jardinero que tengo aquí... un buen hombre.

Mascías, nuestro acompañante, se acerca a la mesa de trabajo y ve los sellos rojos del pliego antes mentado.

—¿Son franceses! —exclama con cierto desencanto.

—¿Le gustan a usted los sellos? —dice Galdós.

Y echa mano de la cajita y le va pasando a Mascías, uno por uno, después de examinarlos, sellos rojos, azules, amarillos, violetas, de Alemania, Italia, la Argentina, el Brasil, Guatemala, Suiza, los Estados Unidos, Méjico, Austria, Nicaragua. Y Mascías —que ayer dejó estupefacto al sobrecargo del trasatlántico *Alfonso XII* hablando de cosas de náutica y que hace una hora me explicaba la técnica del Greco—, Mascías se pone a hablar de filatelia.

—¿Colecciona usted sellos, D. Benito?

—No, les recojo para mis sobrinillos.

Pero estos sellos de la caja se los regala el maestro a Mascías. Y después salimos del despacho, atravesamos un diminuto zaguán y salimos a la terraza. Desde aquí, como desde el ancho ventanal del estudio, se divisa el mar. Allá, en lo hondo, aparece la sosegada mancha azul, y por encima de ella, al otro lado, se descubre un telón de montañas zarcas, con negros barrancos, con oteros y recuestos poblados de arboledas. ¿En virtud de qué lógica misteriosa, de qué oculta e impenetrable concatenación ideológica, Mascías ha comenzado a disertar sobre cosas de toros?

—Los toros no se deben matar todos del mismo modo; eso es absurdo. Y eso es precisamente lo que hace Machaquito.

—La otra tarde —dice el maestro— estuvo aquí con Pepe, mi sobrino, y se pasaron la tarde echando globos.

—¿Le ha visto usted torear?

—No; le conozco a él; pero no le he visto en la plaza.

—¿No va usted a los toros?

—No he ido aquí más que una vez; pero voy a ir una de estas tardes.

—Pues Machaquito —continúa Mascías— va a tener un disgusto cuando menos lo piense. Yo he visto torear a los antiguos matadores, Carancha, Frascuelo, Lagartijo, y ninguno de ellos le enseñaba el vientre a los toros como hace Machaquito a la hora de matar...

La tarde va declinando. Hablamos de Guerrita, de Mazzantini, de Fuentes, de Ángel Pastor, de las caídas de los picadores, de las cogidas de los toreros. Allá a lo lejos, en el mar, pasa un vapor del que sólo se ve la arboladura, y una línea negra de obra muerta.

—Ese vapor —dice Galdós— va abarrotado... y es mineral lo que lleva.

—Si le coge un temporal —replica Mascías— se marcha al fondo.

Y volvemos a charlar. ¿Sobre qué? Ya conocéis las inesperadas sinuosidades y revueltas de las conversaciones. Charlamos sobre Rodríguez Correa —que almorzaba en la cama y se levantaba a las siete de la tarde—, sobre Santos Álvarez, sobre García Villalta, el íntimo de Espronceda, sobre D. Jacinto de Salas y Quiroga...

—Pero les voy a enseñar a ustedes la huerta...

Salimos de esta linda terraza con las barandas tapizadas de madre selvas y parrales, y bajamos a la huerta. La huerta es reducida; consta de seis u ocho cuadros de coles, pimientos,

tomates, patatas; forma un pronunciado declive, y por el centro y por los lados corren caminejos pavimentados con losetas de portland. Y tiene esta huerta, también, un pino —debajo del cual hay una hamaca—, y un laurel, y una malvarrosa, y seis perales chiquitos cargados de gruesas peras, y dos bancos con el respaldo de azulejos morunos, y un tablar de fresones.

D. Benito nos invita a comerlos.

Todos nos inclinamos y vamos rebuscando en las matas.

—Miren ustedes qué grande es —dice Galdós.

—¡Caramba, es tremendo! —exclama Mascías.

—Éste es para *Azorín*.

Y yo recibo de manos del maestro este terrible fresón, grande como una castaña, rojo, encendido. Y luego pasamos a ver los conejos, los patos y las gallinas. Todos estos sencillos y admirables seres están encerrados en un corralillo formado con espesa tela metálica.

D. Benito saca su podadera del bolsillo, corta un follajoso sarmiento de la parra y se lo arroja a los conejos. Y entonces todos, unos grandes, lentos, otros chiquitos, vivos, se aproximan a la rama y van royéndola con sus mandíbulas silenciosas. Y Mascías dice:

—¿Usted se comerá estos conejos?

—¡Ah, sí! Y están muy buenos —contesta Galdós profundamente convencido.

Después vamos a ver los patos.

—Esta pata —dice Mascías— está enferma.

Don Benito le mira ligeramente asombrado.

—¿En qué lo conoce usted?

—Tiene el ojo apagado, poco brillante. Debe usted matarla y comérsela con arroz.

—Sí; ya he dicho yo esta mañana que había que matarla.

Una paloma blanca ronronea posada en un tejadillo.

—Estas palomas —observa el maestro— son de la cola levantada.

Y Mascías replica:

—Pero no son legítimas, D. Benito.

Otra vez D. Benito mira asombrado a Mascías.

—Las legítimas colipavas —dice éste— tienen las patas libres de plumas, limpias.

Un polluelo vivaracho se ha permitido pasarse desde su departamento al de las gallinas guineas; esto es verdaderamente terrible. D. Benito lo persigue, gritando:

—¡Ande usted para abajo!

Después volvemos a la huerta. Rubín está desenterrando las patatas. Rubín es el hortelano; se llama Manuel, y lleva una camisa planchada, con botonadura brillante; unas botas negras y un sombrero cordobés.

—Este hortelano, D. Benito —digo yo—, es un señor.

—Era carabinero; estaba en el puesto de ahí al lado, y yo lo tomé para que cuidase esto. Es un hombre excelente.

Y tras una breve pausa, volviéndose a Rubín:

—Rubín, ¿le parece a usted que matemos esa pata?

Rubín contesta que está enferma y que será mejor matarla. Y entonces Mascías interviene y explica que se trata de una enfermedad del hígado, que dicho hígado estará negro en esta pata en vez de estar de color de carmín, y que tirándolo se puede comer sin miedo lo demás.

Y esta consideración le da pretexto a Mascías para hacer un largo y sabio discurso sobre la cría de los animales de corral. Y cuando Mascías acaba, D. Benito se dirige de nuevo a Rubín.

—Bueno, Rubín: ¿qué hacemos? ¿Matamos la pata?

El maestro se ha sentado en una ligera silla de hierro; a su lado se ha echado un perrillo de lanas largas, negras, sedosas y de patas amarillas.

—Se llama *Canario* —dice Galdós—; pero tiene también otro nombre: el de *Viejo secretario*.

—Y ese nombre, ¿a qué se debe?

—Se lo puso D. José (este señor que ha entrado antes), porque siempre está conmigo en mi despacho.

—¿Es anterior a la fundación de «*San Quintín*»?

—No; tiene ya doce o catorce años. Yo lo traía en brazos todos los días, cuando estaban haciendo la casa, y era él muy chiquito.

Y luego, hablando con Rubín:

—¿Usted cree, Rubín, que será mejor matar la pata esta noche sin esperar a mañana?

Y luego:

—Es preciso que hagamos una hoguera para asar las patatas... Aquí hago yo todos los años una, que, tapándola bien, se conserva muchos días... Rubín, ¿cuándo podemos hacer la hoguera?

Desde la casa llaman a D. Benito.

—Voy —dice él— a despedir a unos señores.

Cuando vuelve, observa que yo estoy escribiendo en unas cuartillas.

—¿Dibuja usted, *Azorín*?

—Estoy tomando notas de todo esto que nos ha contado Mascías.

—Conque, ¿en qué quedamos, Rubín, en este asunto de la pata? —torna a preguntar el maestro al jardinero.

Don Benito está hondamente preocupado con la muerte del susodicho animal. ¿Será preciso matarla esta noche, o bien

aplazar la ejecución de la sentencia hasta mañana? Va llegando el crepúsculo. Una densa gasa de niebla comienza a esfumar las lejanas montañas; el mar pierde poco a poco su azul intenso... La huerta de «*San Quintín*» tiene en uno de sus ángulos una empinada escalerilla por la que se desciende hasta una puerta que se abre sobre el camino. El ferrocarril del Sardinero pasa rozando la casa. Nosotros, desde lo alto, apoyados en el tapial, vemos cruzar, de rato en rato, los trenes.

—A esta hora —dice Galdós— pasa todas las tardes Menéndez Pelayo. Siempre va leyendo en un libro.

Suena el silbato de la locomotora; nos asomamos; pero en este tren no viene don Marcelino. Cuando otro silbido vuelve a repercutir, tornamos a asomarnos y vemos junto a la ventanilla la cara roja y las barbas gualdas de Menéndez Pelayo. Cruzamos unas palabras rápidas; el tren, que se detiene un instante junto al balneario de la Magdalena, torna a correr. Y D. Benito se vuelve hacia Rubín.

—Decididamente, Rubín, hay que matar esta noche la pata. Ya esta dictada la sentencia; póngala usted en capilla y una de las guineas le servirá de confesor...

Mas antes urge realizar otra operación importante: la de regar —cosa que encanta a D. Benito, aparte de hacer hogueras— y es preciso también quedar de acuerdo en lo que atañe al asado solemne, agosto, de las patatas.

—Rubín, ¿cuándo podremos hacer la hoguera?

—Mañana —contesta Rubín.

—No, mañana, no, que es domingo. El lunes, tampoco. La haremos el martes y asaremos también patatas el miércoles y el jueves.

Nosotros prometemos acudir puntualmente a la cita. El acto es de una transcendencia incalculable...

...Y éste es el relato de una tarde pasada con el insigne novelista; relato tosco, sencillo, escueto, sin las brillanteces, requilorios, arrequives y pompas vanas con que nosotros, los periodistas, solemos quitar a nuestra prosa el encanto del desaliño, de la vaguedad y de la incongruencia.

2

—Buenas tardes, D. Benito. ¿Cómo está usted?

—¡Caramba, *Azorín!* Yo estaba mirándole a usted entrar y no lo creía.

Don Benito me observa con sus ojillos fríos, penetrantes, y después añade:

—Esta tarde no podemos asar más patatas.

—No, no —replico yo, desparramando la vista por los contornos—; esta tarde no podemos asar más patatas.

Esta tarde están aquí Concha, Merceditas, don José, don Eduardo, Ricardo y Rafael. Concha es una mujer opulenta, de henchido tórax, un poco pálida, sonriente. Mercedes —que no ha tenido tiempo aún de empalidecer a la luz fatídica de la escena— se yergue delgada, esbelta, nerviosa; tiene una curva armoniosa sobre su pecho; sus ojos —divinos ojos— son claros y serenos, no se sabe si grises, no se sabe si verdes; y su boca es una boca única, inexpresable, una de esas bocas que —como la de La Fontaine— forman una ondulación suave y dicen a la par ironía y candor. Don José es un ingenio de satírica vena, fértil y mordente. Don Eduardo, con su traje negro, impecable, siente la obsesión de los viejos retablos, de los hierros, de los bargueños, de las porcelanas, de los tapices, de

los clavos, de los llamadores, de las veletas. Ricardo escribe artículos llenos de cultura y buen gusto. Y Rafael, cuando coge una espada y avanza como una fiera, detiene en un momento las respiraciones de millares de pechos.

—Rubín —dice D. Benito, levantando la voz un poco—, ¿cuándo va usted a regar?

—Yo pensaba regar mañana —contesta irguiéndose Rubín.

Y es que estamos en un reducido jardín o más bien, huerto. En el fondo, en lo alto de la tenue ladera, se levanta la casa. Se llama «*San Quintín*». Se halla a medio camino entre Santander y el Sardinero. Unos cuadros de rosales y hortensias se extienden ante la puerta principal, cercados de alta tapia. Luego, dentro, hay piezas chiquitas, claras y limpias, llenas de cuadros, de libros, de bibelots. El despacho es ancho, cuadrilongo; la luz se filtra por dos espaciosas cristalerías de colores en que destacan arabescos, ramajes y figuras. Del techo pende un diminuto galeón del siglo XVII; sobre la repisa de un estante palidecen los retratos de Cánovas, de Sagasta —con dedicatorias cariñosas—; de Mélida —en traje de mayo—; de María Guerrero —en la época de su esplendor—. A la otra banda de la casa, a sus espaldas, el piso baja en un suave declive; crecen perales, manzanos, parras en el huerto; tablas de tomates y patatas se enramblan en desordenado concierto. Un bajo muro cierra el jardín; apoyado en él, se ve pasar en lo hondo, por el camino, rozando la tapia, el tranvía de Santander al Sardinero; se contempla la inmensa llanura azul de la bahía; se atalaya, finalmente, allá en la lejanía remota, bajo el cielo pálido, la silueta de las montañas grises, esfumadas, de un verdor fresco.

—¿Y Almazán? ¿Ha estado usted en Almazán? —le pregunta D. Benito a D. Eduardo.

—No, no —contesta D. Eduardo, ligeramente contrariado.

—¡Ah, es un pueblo precioso! —exclama D. Benito.

Y luego, dirigiéndose a Rubín:

—Rubín, ¿podremos coger mañana esas patatas?

Y después, volviendo al tema con naturalidad:

—Pues sí; Almazán es un pueblo precioso...

Y de pronto, mirando al cielo con sus ojos chiquitos:

—¡Hombre! Ése sí que va bien.

Un globo de papel, a tiras rojas, blancas y verdes, sube lentamente por el espacio. Merceditas palmorea infantilmente, regocijada; Rafael se echa sobre el cogote su sombrero tieso, se pone los puños en las caderas y mira ascender el aeróstato. «Bien, bien», murmura Concha, complacida. Y los demás contemplamos el alejarse dulce, suave, de esta esfera multicolor en el azul del cielo. La tarde ha ido cayendo; de añil intenso, el mar ha pasado a un tono gris, oscuro, plomizo. El sol lejano resbala sobre las aguas y les presta cabrilleos de plata. Ya las montañas, que allá en el horizonte cierran la vista, van fundiéndose con el mar y con el cielo. Suenan de pronto unos clarines en unos barcos de guerra surtos en la bahía; es la marcha que tocan al ser arriada la bandera...

—¿Y Plasencia? ¿Lo conoce usted, D. Benito? —pregunta D. Eduardo al maestro.

—No, no —dice D. Benito—; en Plasencia no he estado.

—¡Pues es una maravilla! —exclama entusiasmado vagamente D. Eduardo.

Y todos hablamos, durante un momento, de los viejos pueblos castellanos: Olmedo, Arévalo, Brihuega, Atienza; pueblos de vetustos caserones, de callejuelas retorcidas, de olmedas y saucedos donde pasean solitarios los clérigos; de tiendecillas oscuras; de portaladas nobles con blasones de piedra; de

aleros anchos; de niñas silenciosas que asoman tras los cristales cuando resuenan pasos...

Brilla en lo alto una estrella; un balandro con una blanca vela triangular cruza casi imperceptible sobre el mar blanco. Comienzan a destacar en la negrura las lucecitas de los barcos. Hay un reposo, un recogimiento, una religiosidad profundos en el aire. Todos callamos. Y la sirena de un vapor, que marcha hacia la inmensidad, retumba con un largo plañido.

Azorín, verano de 1905

Este libro se terminó de imprimir
en Santander el 22 de julio de 2019,
festividad de Santa María Magdalena,
mujer apasionada en el pecado
y en el Amor.



DURANTE MÁS DE CUARENTA AÑOS, el escritor Benito Pérez Galdós fue vecino de Santander. El narrador más importante de la historia de la literatura española, tras Miguel de Cervantes, edificó una casa, *San Quintín*, en la calle que hoy lleva su nombre en nuestra ciudad y pasó en ella los largos veraneos de entonces, siendo mucho más que un visitante habitual, pues aquí tuvo vivencias afectivas de gran calado, cultivó amistad ejemplar con figuras de esta tierra de la talla de Menéndez Pelayo, José María de Pereda o José Estrañi, y, sobre todo, aquí vino a escribir una parte considerable de su obra de madurez.

Al iniciarse las conmemoraciones del primer centenario de su muerte, el Ayuntamiento de Santander ha invitado a un grupo de narradores cántabros a trazar una semblanza personal del escritor canario-madrileño en su refugio santanderino. El resultado es un libro insólito en que se entreveran la admiración por el gran personaje —y sus peculiaridades—, y la nostalgia por un tiempo y una ciudad ya alejados del nuestro, a los que esta suma de inspiradas evocaciones nos acerca de manera singular y un tanto irónica.

El libro se completa con la deliciosa entrevista que un Azorín treintañero, ya gran maestro de la lengua española, realizó en 1905 a un Galdós sesentón en su finca santanderina.